

IV. BIBLIOGRAFÍA

EN EL DRAMA DEL LIBERALISMO HISPANO Y EN LA ESPERANZA DE LA LIBERTAD

Manuel ESCAMILLA CASTILLO

Alfonso LÁZARO PANIAGUA

Universidad de Granada (España).

BLANCO WHITE, José María, *Bosquejo del comercio de esclavos*, Edición de Manuel Moreno Alonso, Ediciones ALFAR, Sevilla, 1999, 198 págs.

La figura y la obra de Blanco White encarnan casi emblemáticamente el aire de *la España peregrina*, cuestión ésta de muy viva importancia, aún hoy —acaso en eso resida el fervor con el que se le recupera—, ya que el ajuste entre España y la modernidad ha sido extraordinariamente difícil, y lo más decisivo a tal efecto se hizo allende nuestras fronteras. A Blanco se le reconoce en esa figura mixta entre el expatriado y el extranjero: entre el suelo nativo que se niega a sostenerlo y la patria de adopción, escenario de las obsesiones dejadas atrás. Una poderosa curiosidad intelectual, corregida y aumentada por su afinada sensibilidad, unidas a un nivel nada usual de autoexigencia moral configuraron su carácter. Carácter para gozar de él en una patria y en un tiempo menos convulsos que los que a Blanco le tocaron en suerte. A las adversas circunstancias históricas para el porvenir del liberalismo en España deben unirse, en la vida de Blanco, las tribulaciones espirituales queapuró con extraordinaria lucidez y coraje.

Su vida encaminada al sacerdocio embarranca en una aguda crisis de fe, crisis que se había ido larvando y convivía con él a pesar de sus éxitos en una fulgurante carrera eclesiástica —era canónigo magistral de la catedral de Sevilla a los 27 años—. El desgarramiento interno llega a su máxima tensión en coincidencia con los avatares históricos que sufre España como consecuencia de la invasión napoleónica. Blanco tomó partido alineándose en la *Junta Central* y comprometiéndose de modo radicalizado en el *Semanario Patriótico*. Antes de 1810 en que abandonó España para siempre, Blanco fue ahondando las diferencias con la *Junta*, sin duda por sus *gotas de sangre jacobina*, que más tarde, ya en Inglaterra, bajo la influencia de Burke y Adam Smith, entre otras, sedimentan en liberalismo neto, cosa nada extraña: liberal era su talante, tanto como extremado su juicio, si las circunstancias lo exigían.

En Blanco concurrían a una, sin posible quiebra, la libertad de la nación y las libertades constitucionales, aún no estrenadas en España, pero sí en curso de formalizarse en los inminentes debates del Cádiz de las Cortes y en la Constitución de 1812. Para Blanco, defender la soberanía de la nación española —defenderla del yugo extranjero, claro está— era la misma cosa que proclamar la libertad para los ciudadanos, lo que buscaba cauce en la Constitución, pero eso no estaba definido con precisión ni era la intención de todos los que seguían a la Junta Central. En Blanco no había fisuras, lo que le granjeó enemistades muy dolorosas. Bastará

citar los últimos versos de su *Oda a la Junta Central de España* para no abrigar la más mínima duda respecto de esa fusión entre soberanía de la nación y libertades:

“... del suelo español, llena de espanto,
para siempre voló la tiranía.
Los vientos entre tanto
por la faz de la Europa conmovida
susurraban libertad, y las naciones,
alzando al cielo la terrible frente
y respirando encono
hacen temblar al déspota en su trono”.

Alguien ha dicho —creo que con fortuna— que el siglo XIX español fue un siglo revolucionario sin revolución, un siglo, añadiríamos, en que los protagonistas no protagonizaron la escena, ese protagonismo les fue arrebatado al no constituirse de pleno el Estado moderno y al no fraguar una auténtica sociedad civil. A ambas cosas, una poderosa reacción con recelo criminal, opuso resistencia. España, prisionera de los particularismos y sectarismos, se desangra en represiones despóticas y guerras intestinas; ensayos, no más, de revoluciones, con las subsiguientes represiones. A lo largo del siglo fue ensanchándose y profundizándose la conciencia, pero en los primeros años de la centuria, cuando Blanco vive más hondamente su crisis en el fondo de su intimidad, en consonancia con la crisis socio-política que atravesaba el país, sólo debió sentir a su alrededor soledad y aislamiento. Blanco es una conciencia anticipadora de su tiempo, lo que no significa sólo que se adelantara a él, sino que vivió en profundidad, en agonía y lucidez consigo mismo, lo que en su tiempo no tenía acogida.

Ilustración y romanticismo, en sus aspectos contrarios y complementarios, equilibran y modelan la *forma mentis*, el *ethos* y estilo de Blanco White. Vicente Llorens, uno de sus mejores conocedores, así lo atestigua: “La vida de Blanco es la historia de una permanente insatisfacción. La insatisfacción del hombre moderno que en el tránsito del siglo XVIII al XIX entra en esa nueva crisis cuya múltiple expresión literaria denominamos romanticismo. Epoca de cambio e inestabilidad iniciada por la Revolución francesa, de constante desasosiego, de contradicción y duda. Las disidencias y las conversiones abundan. En la obra y la existencia de Blanco, cuyo espíritu, como dijo Gladstone, fue un campo de batalla, se refleja vívida y dolorosamente la angustia espiritual de su tiempo” (Vicente Llorens, *El Romanticismo Español*, 1989, p. 49). Angustia espiritual que en lo externo lucha en primera fila de vanguardia por conseguir para España un régimen constitucional. Los avatares que detienen y frustran esa tentativa los analiza Blanco con lucidez inigualable en su extenso artículo titulado “España” y destinado al suplemento de la *Enciclopedia Británica* de 1824. En ese artículo Blanco recorre aspectos geográficos y demográficos de España, para extenderse finalmente en su historia política, la historia que le es rigurosamente contemporánea, pues arranca en la etapa constituyente, que culmina en la Constitución de 1812 y termina con la invasión del ejército francés en 1823 para reponer a Fernando VII como rey absoluto. De ‘bár-

baras instituciones' califica Blanco a aquéllas que derivan del despotismo, lo que está en juego en esta invasión, revés de aquella otra, que se produjo 15 años antes por la que "otro ejército francés violó este territorio bajo el pretexto de dar un código constitucional y borrar la desgracia que esas bárbaras instituciones (por el despotismo, los monjes y la Inquisición) imponen al carácter nacional" (B. White, *España*, ALFAR, Sevilla, 1982).

En no menor medida, Blanco libró una intensa batalla por liberarse del fanatismo que lo cercaba en su propia tierra, en su patria y del fingimiento con que revestía su condición sacerdotal, en franca beligerancia con su conciencia. Como ilustrado no pudo soportar que la religión se encadenase al fanatismo y lo encadenase a él; como romántico, abrigó un sentimiento religioso libre de dogmas y ritos y, sobre todo, libre de intérpretes que con su entender y poder redujesen y violentasen la sencilla y siempre extraordinaria relación del hombre con Dios. En dos formidables poemas, de los últimos que escribió, fechados ambos en Liverpool en el invierno de 1840, Blanco delineó su posición religiosa; en uno, *La persecución religiosa*, nuestro autor pone el dedo en la llaga de las torpezas del fanatismo:

"... en vano os exhorto:
Del fanatismo y la ambición aborto,
Los que tenéis raíces en el cielo
Nunca podéis dejar en paz el suelo".

Y en el espléndido soneto *La revelación interna*, Blanco interpela al Ser Infinito. Si la pregunta adolece de cierto retoricismo, la respuesta es la mejor síntesis que se haya dado entre quien siendo profundamente liberal no puede dejar a un tiempo de ser profundamente religioso. Si esos extremos históricamente no han sido armonizables, Blanco los funde con una maestría y autenticidad inigualables. Júzguese, pues:

"¿Quieres saber, mortal, en dónde habito?
—Dice una voz interna—. Aunque difundo
Mi ser y en vida el universo inundo,
Mi sagrario es un pecho sin delito.

Cesa, mortal, de fatigarte en vano
Tras rumores de error y de impostura,
Ni pongas tu virtud en rito externo;

No abuses de los dones de mi mano,
No esperes cielo para un alma impura
Ni para el pensar libre fuego eterno".

Difícilmente encontramos en la tradición liberal española un personaje de tanta rotundidad. A diferencia de los costumbristas ortodoxos, Blanco se complace divertidamente en la descripción de tipos y costumbres, pero no por eso se abstiene de dejar caer con toda justicia el arma de su crítica. A diferencia de Larra, dema-

siado inmerso en el medio que le repugnaba y le era hostil, Blanco pudo abordar con mayor perspectiva y menor coste por su parte los temas hispanos, desde su lejanía inglesa; pero en sintonía con él, hubo de sufrir la presión y hostilidad de otro medio, el de la iglesia católica de su tiempo, hasta que movido por su conciencia dio el paso decisivo de abandonarla. Después tuvo que abandonar su más reciente incorporación a la iglesia anglicana. El motivo, el mismo; el más depurado principio liberal que acaparó su mente y su corazón. No ceder ante nada ni ante nadie, de no mediar la razón y la veraz inclinación.

Sigamos ahora con la presentación del *Bosquejo*:

Ocupémonos primeramente de la edición. La presentación del texto de Blanco es correcta y cuidada. Se echa en falta, sin embargo, la inclusión de una lámina que se comenta en el texto del libro y que es necesaria para la intelección de las páginas en las que trata de ella. Respecto de la "Introducción" de Manuel Moreno Alonso, al que nunca se agradecerá suficientemente el trabajo que ha hecho por la recuperación de los textos de Blanco White, se desearía encontrar un mayor esfuerzo interpretativo y crítico que la alejara de la mera glosa, cuando no del puro resumen, del texto de Blanco, en la que ha incurrido. Realmente, y excepto por unas cuantas informaciones dadas al principio, se puede pasar tranquilamente por alto.

La lucha contra la esclavitud es una de las exigencias más fuertes del ideario liberal. La libertad es constitutiva del ser humano y es previa a su autonomía. Como definidora de lo humano, es el atributo inescindible de la propia vida. El derecho a la vida, para los humanos, quiere decir derecho a la vida libre. No es una apuesta descabellada el arriesgar la vida por conseguir la libertad; siendo coherente ¿qué otra cosa cabe hacer?

Ya que la libertad es tan importante, no extrañará que sea un imperativo básico liberal conseguir la liberación de la esclavitud, incluso para el que quiere seguir siendo esclavo; en tan triste condición, atender a su voluntad sería tan contradictorio como esperar capacidad de autonormación de quien no es un ilustrado, de quien no conoce. La libertad, pues, no ya es que pueda, sino que debe imponerse. Es algo que debe hacerse incluso con gentes que proceden de una tradición cultural distinta; incluso aunque en esa otra tradición cultural la sumisión ante los designios del destino haga que la libertad no tenga significado. Es el imperialismo evangelizador de los valores de Occidente que nos es irrenunciable.

Blanco White, liberal, tenía que luchar más pronto que tarde contra la esclavitud, y a eso vino el *Bosquejo del Comercio de Esclavos* que comentamos. El argumento del libro no es totalmente original de nuestro autor (¿cuál lo es?); pero es que la preocupación por la originalidad intelectual o artística era algo que aún no se había expandido en los comienzos del XIX, aunque ya la estaban desarrollando los románticos alemanes. Los ilustrados, como se había venido haciendo a lo largo de toda la historia se copiaban los unos a los otros sin ver en eso nada reprochable. El autor era lo de menos; lo de más era el triunfo de las ideas. Se trata, entonces, de un libro de agitación política en el que se contienen amplios resúmenes de dos obras fundamentales en la lucha contra el tráfico de esclavos

como prelude a la abolición de la propia esclavitud, el libro de William Wilberforce, *A Letter on the Abolition of the Slave Trade*, y el relato de las expediciones al Níger del explorador escocés Mungo Park.

Respecto de los argumentos de Wilberforce que más destaca Blanco, giran todos en torno a la cosificación que supone el tráfico de esclavos tanto con respecto de los sometidos a él como de los agentes. Una cosificación con efecto de retroalimentación: “Los europeos embrutece a los negros por el tráfico que hacen de ellos, y sus inevitables consecuencias, y luego defiende este tráfico alegando que los negros son *semi-brutos*” (p. 93). El comercio de esclavos, por otra parte, supone una degeneración del comercio; y, en ese proceso degenerativo, todos los efectos benéficos de la comunicación se dilapidan. El efecto corruptor de las esencias inmovibles que tiene el contacto con el humano que es diferente de nosotros, que ha vivido otra vida, se pierde al convertir al otro en objeto comercial, no en sujeto; en mercancía, no en mercader. El mundo de los mercaderes es, en efecto, el mundo de los iguales (no se puede negociar con quien no es nuestro igual: o nos imponemos a él, o se nos impone), el mundo de la relación. Si los iguales son convertidos en mercancía, se pervierte el comercio y no sirve para el enaltecimiento humano a través del conocimiento, sino que se entra en una espiral de perversión también de los comerciantes. El “comercio sexual”, por ejemplo, significa relación, trato, no compraventa sexual, ya que ésta es cosificadora, degradante de la condición humana de todos los que participan en ella.

Junto a su elaboración personal de esos ingredientes procedentes de la obra de Wilberforce y Park, Blanco añade sus propias consideraciones sobre la conveniencia de culminar el proceso abolicionista que habían iniciado las Cortes de Cádiz. Este proceso fue inmediatamente abortado por la intervención solitaria de los representantes de La Habana, que lograron que Cuba fuera, junto con el Brasil, los últimos lugares de Occidente en que se desterró la esclavitud (en 1880 y 1883 respectivamente). La esclavitud continuó siendo aceptada, hay que recordar, en diversos países asiáticos y africanos; sobre todo, en los islámicos (en Arabia Saudí no fue *formalmente* abolida hasta 1962). La intervención de Blanco incide especialmente en los argumentos religiosos. Esto era algo especialmente importante, tanto por los destinatarios del libro, los españoles “de ambas orillas del Atlántico”, como por la relevancia de la religión para el propio autor. El núcleo de la intervención de Blanco en este terreno no puede ser más liberal y, al tiempo (no es casual la conexión, naturalmente), más religioso-protestante; la conversión de Blanco al anglicanismo se revela aquí como algo necesario: en primer lugar, hay que hacer lo que está bien. Inmediatamente, sin embargo, la puntualización de que de que el fin no justifica los medios; ni siquiera el fin de la evangelización: “Los libros que en los siglos de ignorancia dijeron que se debía extender la religión cristiana haciendo la guerra a los que no la profesaban, no sería extraño que aprobasen las expediciones a la costa de África como medio de convertir a los negros” (p. 174).

La lucha abolicionista tiene, efectivamente, un origen principalmente idealista; es la conjunción de los ideales liberales con las convicciones religiosas de los evangelistas británicos, que dieron origen a la fundación de la *Anti-Slavery Society*,

que impulsó y apoyó los trabajos de Blanco. Tenía que ser una lucha de ideas porque ya había advertido Adam Smith que, aunque el trabajo libre era mucho más productivo que el esclavo, el afán despótico del ser humano lo llevaría a impedir la abolición de la esclavitud con tal de mantener un ámbito en el que todo pudiera continuar haciéndose por imposición en lugar de por negociación. Aquel idealismo fue continuado en el siglo XX por el cosmopolitismo ilustrado de la Sociedad de Naciones, de la Organización de las Naciones Unidas y del Consejo de Europa.

Pero este idealismo produce otro efecto de retroalimentación como el que vimos anteriormente. Se producen, como consecuencia de él, cambios en los funcionamientos económicos; y estos cambios, no sólo estorban enormemente la vuelta atrás, sino que urgen la profundización en las transformaciones operadas. El trabajo esclavo es mucho menos productivo que el trabajo libre, pero el producto obtenido, aún de inferior calidad y cantidad, puede ser competitivo por la inferioridad de algunos de sus costes. Iniciada la abolición de la esclavitud por Francia y Gran Bretaña, exigencias económicas perentorias e irreversibles exigen su generalización. Algo parecido ocurrió con las colonias; si Gran Bretaña había perdido las suyas en América ¿por qué habrían de conservarlas los españoles? ¡Libraos de Ultramar!, fue el grito que se dirigió a los españoles y que también ayudó a transmitir Blanco White, aunque al tiempo se desarrollaba extraordinariamente la colonización británica en la India y en el África.

Respecto del éxito de Blanco White, tuvo el mismo que el liberalismo español en su conjunto: su historia tormentosa en el siglo XIX queda sepultada por la marea totalitaria del XX. Pasado el totalitarismo en este final de siglo, reaparece.